

Josep Fontana: "Me parece lógico, lícito y útil recordar el proyecto republicano"

Ignasi Aragay

13 agosto 2016

(Traducción de Jordi Domènech)

Nacido poco después de la proclamación de la República, el historiador Josep Fontana (Barcelona, 1931) nos recibe en su piso del Poble-sec. No hace vacaciones. Su vida es leer y escribir. Interrumpe la redacción de su próximo libro para comentar la polémica surgida en torno al proyecto de exposición en el Born que incluye la exhibición en el exterior de dos esculturas franquistas, una estatua ecuestre del dictador sin cabeza y una Victoria con el brazo en alto, obra respectivamente de los escultores Josep Viladomat y Frederic Marès.

Costó mucho salvar el Born, ¿no?

Ya lo creo. Nos insultaron de todas las maneras diciendo que quería hacerse un santuario nacionalista, cuando allí había algo excepcional: se había conservado el tejido de una ciudad tal como era cuando fue enterrada. Pero bueno, se salvó y merecía la pena hacerlo. Además, la alternativa de hacer allí una biblioteca era inviable, no cabía. Otra cosa es que Barcelona sea la única provincia que no tiene la correspondiente biblioteca estatal, pero como ya estamos acostumbrados a ello...

Unos años después el Born sigue generando polémica.

Por una parte, el Born es eminentemente un museo, y los museos siempre tienen el problema de justificar su persistencia. El problema es, aparte de esta función de museo, acabar de establecer de qué más podría servir el espacio. No es fácil, pero tampoco debería ser tan difícil.

¿Hay que hacer hincapié en el 1714, o no sólo?

En principio, en el Born hay un material muy importante, que de hecho no es sobre el 1714, sino sobre cómo era la sociedad antes de aquella fecha, y que gracias al trabajo de

Albert Garcia Espuche con fondos notariales, conocemos con todo detalle, casa por casa. No es Pompeya, pero es un trozo de algo similar: la Barcelona de comienzos del siglo XVIII. El 1714 fue el motivo que permitió que la gente se movilizara y salvara el yacimiento, pero no entiendo que sea el único interés del Born.

Con la polémica sobre si hay que mostrar estatuas franquistas es como si hubiésemos entrado en un debate de contraposición de memorias.

No hay que ir por ese camino. En todo caso, me parece que la presencia de la exposición en cuestión, con esculturas incluidas, tiene que ver con el hecho de que hay un espacio que lo permite, en un lugar céntrico. Por otra parte, es fácil encontrar los elementos para realizar una exposición sobre la memoria del franquismo, y no tanto para realizarla sobre el antifranquismo, porque no dejó monumentos.

¿Qué le parece el hecho de colocar estatuas franquistas en la calle?

No lo sé. Habría que ver qué efecto hacen. En cualquier caso, todo lo que se haga por aproximar las cosas a la gente me parece perfectamente bien. A la gente le cuesta entrar en los museos, subir al Museu Nacional d'Art de Catalunya, por ejemplo. Sacar esculturas a la calle me parece bien, perfectamente lícito. Se trata de unos elementos de referencia cultural.

Ha salido gente ofendida porque aún hay monumentos franquistas que no se han retirado, fosas comunes de la guerra por excavar...

Sí, hay mucho trabajo de esta índole que habría que hacer. Sin embargo, teniendo en cuenta que hay toda una generación que esto le suena a música celestial, tampoco veo tanto problema. De la misma manera que se han hecho por el mundo muestras del arte nazi o de arte fascista italiano, evocar lo que fue aquella pretensión cultural, pomposa y corta de vista del franquismo, no veo que sea ningún problema.

¿Todavía estamos pagando los silencios de la Transición?

Seguramente. Es cierto que se ha hecho un silencio interesado, porque al fin y al cabo había demasiadas responsabilidades a establecer. Sin embargo, considerando que tenemos un gobierno del PP que de todo esto no quiere saber nada, y que a fin de cuentas es un partido en que hay hijos y nietos de quienes deberían de haber sido condenados, es lógico que cueste tanto asumir el pasado.

La recuperación de la memoria se ha centrado en el 1714, a raíz del Tricentenari, y en el franquismo y sus consecuencias. De nuevo olvidamos el momento republicano.

Se procuró enterrarlo. Ocurrió algo vergonzoso. En la Transición, los dos grupos más importantes de la izquierda, el PSOE y el PCE, descubrieron que no tenían suficiente fuerza para acabar con el régimen franquista y optaron por resolver la cuestión pactando. Entre esto y la incomodidad que debía de crearles la República, hicieron un esfuerzo para olvidarse de ella. El olvido del PSOE de toda su etapa republicana es vergonzoso. Les molestaba. Todos quisieron olvidar la República, y ha quedado como una especie de pequeño episodio de la historia, arrinconado. Y a menudo tienes que recordarles que allí hubo unos proyectos de transformación muy importantes, que no se pudieron completar, y que siguen pendientes.

¿No sería la ocasión de reivindicar aquel período, ahora que nos hallamos en un momento de replanteamiento a nivel nacional y social?

Me parece no solamente lógico y lícito, sino útil recordar el proyecto republicano. Por ejemplo, hemos olvidado que uno de los esfuerzos más importantes que hizo la República, fue el intento de tratar de modificar la sociedad española por medio de la educación y la cultura. Fundó escuelas, nombró maestros, llevó bibliotecas a todos los ayuntamientos. Hizo un esfuerzo admirable. Los otros lo decapitaron: cerraron escuelas, mataron maestros, quemaron libros. Recuperar toda esta memoria sería, desde luego, muy importante. Como mínimo para contrarrestar la estupidez esta de perdonar el franquismo con la excusa, falsa, de decir que la República fue una especie de pelea entre gente exaltada. No. Hay que entender que hubo un proyecto de transformación social y que el franquismo representó un atraso como mínimo de 25 a 30 años en la evolución de la economía española.

Nos faltan referentes.

Es lógico. Por esto con mi libro *La construcció de la identitat* recordé que los problemas que debatimos tienen una dimensión muy dilatada en el tiempo. Hace más de 500 años que existe esta batalla de intentar vivir en una sociedad, la catalana, que ha tenido su propio desarrollo económico, social y cultural, en vez de acomodarnos de manera forzada a otro modelo social, económico y cultural, el español. Es bueno que se entienda que nunca nos han dejado demasiado espacio para desarrollarnos.

El independentismo lo tiene claro.

Sin embargo, una de las cosas que me sorprenden es que cuando la gente habla de independencia pierde de vista que el problema realmente grave —y este sí que es más o menos asequible— es cómo librarnos de la dependencia, la cual obstaculiza todas las posibilidades de vivir de acuerdo con las necesidades propias. Lo más delirante del mo-

delo autonómico, que me imagino fue aceptado con la idea de que era un camino para avanzar, es que desde el primer momento se cerró con llave y candado. Espectáculos como el del Tribunal Constitucional oponiéndose a que la Generalitat regule los horarios comerciales en función de la conveniencia del comercio de proximidad, que es un elemento muy propio de la sociedad catalana, me parece algo completamente ridículo. O lo que pasa con el desbarajuste ferroviario. La situación a la que nos ha conducido la dependencia es tanto o más de mala gestión que de recursos. Y por lo que respecta a la independencia, cuando tenemos la Policía Nacional, la guardia civil, el ejército y la OTAN, cuesta creer que sea un objetivo realizable. Si lo fuera, me parecería muy bien. Mientras tanto, deberíamos llevar a cabo constantemente la lucha contra la dependencia para ganar espacios de autogobierno.

Hablar de memoria es también hablar de construcción de la identidad. ¿Dónde habría que poner el acento ahora?

Veo dos momentos importantes. Muerto Franco, se produjo un movimiento popular que integró gente del país e inmigrantes en torno al programa "libertad, amnistía y estatuto de autonomía", el cual revelaba que en los años del franquismo se había producido una armonización de las necesidades colectivas, la gente llegó a entender que libertades sociales y nacionales iban juntas. Y esto no lo hicieron los partidos, sino que surgió de un prolongado trabajo. El otro momento importante fue la manifestación de la Diada de 2011, cuando por primera vez todo el mundo gritó "¡Independencia!", y ello tampoco fue organizado por los partidos. Más bien les sorprendió. La prueba es que Mas inmediatamente se apuntó a convocar unas elecciones en las que perdió el 8 % de los votos. Descubrieron que aquel era un doble grito de protesta: por una parte, de indignación contra la manera en que el autogobierno estaba siendo tratado, y que venía de la manifestación contra la sentencia del Tribunal Constitucional en contra del Estatut; por otra parte, una queja contra el mal gobierno, la austeridad, el paro, que se quiera o no es una política que procedía básicamente de Madrid, a pesar de que hubiera complicidad desde Cataluña en algunas cuestiones. Pero esta parte del mal gobierno los partidos políticos han tendido a olvidarla.

Jordi Casassas define tres momentos fuertes de construcción del relato: romanticismo-Renaixença, catalanismo novecentista y catalanismo marxista.

Eso de marxista lo pondría entre paréntesis. Al final del franquismo el protagonismo político fue muy colectivo: participaron asambleas de vecinos, grupos católicos, asociaciones de todas clases. Esta es una característica básica de la sociedad catalana. A partir del momento en que en 1714 se perdieron las instituciones, se desarrolló una red de participación y asociacionismo. En la Barcelona del siglo XVIII los gremios, que obviamente venían de antes, adquirieron un papel protagonista. Esta capacidad de autoorganizarse es una de las cosas que se recuperaron en aquella etapa final del franquismo, con la virtud de incorporar la inmigración. El drama vino cuando después de las elecciones los

partidos dijeron: "Ahora se ha acabado la política en la calle." Yo esto lo viví en el PSUC... Si alguna virtud tiene el proyecto municipal de Ada Colau es recuperar el tejido de esta sociedad, por eso me pareció que había que apoyarla.

¿Cree que lo está consiguiendo?

Yo no he dicho eso. Sólo digo que cuando era una aventura disparatada, porque era impensable que aquella gente pudiera conseguir nada, la idea me pareció oportuna. Pero yo no tengo ninguna vinculación política con nadie.

Además de los comunes, estamos en un momento de gran ebullición en la sociedad civil, empezando por la Asamblea Nacional Catalana. ¿Igual que en la Transición?

No lo sé. Me gustaría pensar que el tejido sobre el que se construye el cambio está muy en contacto con la gente. No estoy seguro de lo que está ocurriendo. Creo que el cambio va por ahí: menos dirigido desde arriba y más recuperación de la iniciativa colectiva. Pero hay mucho trabajo por hacer.

Otro factor de dinamismo es este retorno de la historia, de la reivindicación de la memoria. La misma polémica del Born...

Sí, todo esto está muy bien, que la gente se implique, y que se intente explicar y discutir, más que aleccionar. Pero yo todavía espero mucho más.

E intelectualmente, ¿qué espera?

Ahora mismo tengo ganas de que aparezca el nuevo libro sobre la Renaixença de Joan Lluís Marfany, que provocará, como es costumbre, reacciones airadas y protestas. No podemos seguir jugando con la idea de que en 1714 surgió una noción de nación catalana que ha pervivido. Lo que hubo, eso sí, fue una sociedad distinta. A pesar de los esfuerzos de unificación política que realizaron los gobiernos de Felipe V, se vieron obligados a aceptar que Cataluña funcionara con el derecho civil propio. Aquella Cataluña distinta de España hizo posible la posterior industrialización, y, desde el punto de vista político, vivió en una cierta incertidumbre que hizo que a finales del siglo XVIII y principios del XIX la burguesía pensara en la posibilidad de que una nueva nación española aceptara la diferencia catalana, con sus reglas propias, igual que el proyecto de 1714, que no fue separatista. Antoni de Capmany se lo creyó, él, que era de familia austriacista. Y renunció a la lengua como concesión. Pero, mientras tanto, había una sociedad popular que conservó el catalán como elemento de diferenciación social, que veía el castellano como el idioma de los señores, los literatos, los funcionarios, los militares... La Renaixença hay que entenderla en este contexto. Aquella gente creía que la nación era España y la patria Cataluña, como ya dijo Pierre Vilar, y entre ellos se escribían en castellano.

Una vida dedicada a leer y escribir para entender el mundo. A sus 84 años, Josep Fontana sigue siendo un trabajador infatigable. Cuando ejercía de profesor buscaba el respeto de los estudiantes llevando las clases escritas, incluso con notas a pie de página. Últimamente ha superado tres operaciones, y su mejor terapia es seguir leyendo y escribiendo. Está absolutamente conectado al mundo por Internet: cada día lee el *New York Times*, entre otros medios digitales internacionales. Y no para de comprar libros: el último, una biografía de Bush hijo. En febrero aparecerá su nuevo ensayo, *El siglo de la Revolución* (Crítica), una visión a escala mundial, desde 1914 hasta la actualidad, en función del peso de la Revolución rusa y de la lucha contra lo que representó.

Fuente original:

"Josep Fontana: 'Em sembla lògic, lícit i útil recordar el projecte republicà'", *ara.cat*, 13 agosto 2016.

http://www.ara.cat/dossier/Josep-Fontana-Em-projecte-republica_0_1631836822.html